

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

# Los ojos de la princesa

Ignacio Cid Hermoso



Edición digital de Revista literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

## Los ojos de la princesa

Una espléndida sonrisa adorna su menuda cara, carita blanca de porcelana. Los ojos muy abiertos y chispeantes, saturados en un azul tan claro como el que desborda su pura y límpida inocencia. Se abren a pares y pestañean cual mariposa con alas de flecos largos y brunos, hermosos como no los hay más en este Reino. Luce resplandeciente mientras su pequeñito y liviano cuerpo, adornado con las galas aguinaldadas y escarlata de Palacio, brinca y se contonea en mitad de aquel baño de luz de luna que entra a través del balcón.

Felicidad que irradia y danza, revolviéndose en su seno tras haber recibido el encargo de salir a buscar, esa misma noche, el ingrediente fundamental para la *pócima del deseo* que le habrá de preparar su madre, honorable y temida hechicera de la Corte. Nadie podrá acompañarla porque sólo manos de princesa, pura y sin mancha, deberán recoger los gallardos efluvios del mismísimo rostro de muerte de la salvaje bestia.

Justo cuando la luna alcanza el cénit en su paseo soñoliento por la bóveda oscura y abisal... ni un minuto después de que la última alimaña del bosque se haya retirado a las profundidades de la presencia arbórea que circunda, rodea y abraza el castillo de su honorable padre y Señor de aquellas tierras de magia druida...

...sólo entonces, en aquel preciso instante señalado en los libros del

porvenir, es justo cuando la joven princesita desciende volando las escaleras de piedra del castillo con sus zapatitos de cristal y campanillas, dejando que el pelo rubicundo, tan amarillo como el fuego, se meza en la suave curva de un cuello blanco como la leche de los dioses.

Corre a través del bosque, apenas vislumbrando las ramitas y espinas que arden en ansias por beber de la sangre de su dulce rostro, lanzando látigos y arañosos de madera que no le alcanzan gracias a la suerte de un haz de luna que le guía en su alegre y confiado camino. Salta, corre, ríe y vuela. Sus pies flotan sobre el humus que se retuerce bajo sus pasos. Un estercolero de raíces suplicantes que remiten a todo aquello viscoso que ella aún no conoce y a lo que debemos la vida como torpes marionetas de barro. La hojarasca crepita gritando su nombre de niña alegre y ajena. Un manto oscuro que forra la senda, tapizándolo todo en colores ocres, pardos y carmesíes; respirando al compás de una naturaleza que es salvaje y violenta, inherentemente sexual y sin diferencias de sangre.

Y al final del camino, que alcanza sin marcas ni rasguños en sus piernas, protegidas por una larga falda tan roja como su ilusión... la princesita vislumbra un claro en el bosque. Los árboles aparecen derrumbados, astillados y partidos por la mitad, a uno y otro lado de la colosal mole de carne otrora palpitante y escamosa, verdusca y acorazada del dragón.

La blanca y virginal criatura enviada a por el elixir de la bestia se estremece de pasión ante la enorme cabeza del mitológico lagarto. Se relame los

labios mientras observa la descomunal testa, adornada por una cornamenta marfileña que dolorosamente quiebra la piel de acero de la criatura en varios puntos distribuidos al antojo de un azar salvaje y feo. Los ojos del dragón están cerrados y sus fosas nasales apagadas para siempre. Un abanico de bosque aparece grisáceo y en cenizas alrededor de aquellos dos arcos cubiertos de gelatinosa y maloliente mucosa. En el centro de su bravo corazón, entraña sangrante que jamás conoció el amor, pende oscilante la hoja azulada de una reluciente y perfecta espada de caballero imperial. Las marcas escarlata desvelan que el valiente hombre que tumbó al lagarto y lo hirió de muerte lo hizo en nombre del Reino y por la gracia de Su Señor. La princesa siente un arrebol subiendo por sus mejillas, y al instante queda iluminada por la luz del deseo que se refleja en sus ojos, tan abiertos, aleteantes y amariposados como antes de iniciar su viaje a través del bosque.

En un momento dado, la dulce y delicada muchacha de sangre azul se arrodilla despacio ante el hocico de la bestia. Posa sus manos sobre los labios del dragón, carnosos y desfigurados por el último rictus de furia y dolor mortal. Los mueve todo lo que sus tiernos músculos le permiten y deja al descubierto un retazo de las encías del infierno, pobladas de dientes como dagas perladas, quebrados, afilados, encostrados y tiznados de sangre reseca y carne aún descomponiéndose. El tufo que desprenden le hace arrugar la nariz y al cabo suelta la boca del improbable animal. Después, con suma delicadeza, se saca un hatillo del interior de su corsé. Del mismo extrae un tubito de fino cristal,

elaborado con las manos de mil doncellas, y lo sostiene entre sus deditos hábiles y ligeros. Lo observa detenidamente a la luz de la luna que cae a plomo sobre la escampada involuntariamente creada por el último y agónico vuelo del dragón.

Por fin, se inclina ante los párpados del monstruo y, tirando de sus pestañas, negras y espesas como un matojo de huevos de araña, levanta una de las cortinillas de piel grisácea del alado animal. A través de la misma, la princesita alcanza a ver un globo blanquecino y vítreo, ya sin vida y ribeteado con trombos de sangre. Acto seguido introduce el afilado y armónico cristal en el interior del ojo, que luce impresionante del tamaño de su propia cabeza. Un fluido escarchado y lento comienza a brotar de las entrañas oculares del monstruo, llenando el tubito de un color rojo muy intenso, casi brillante bajo la atenta mirada del satélite. Tras unos minutos de espera, la muchacha cercena viscosamente aquella tosca penetración y muestra el elixir ante sus grandes e inteligentes ojos.

¡Qué bonito y dulce elixir extraído para cocinar la *pócima del deseo*!

El alambique exhala humo como una chimenea de contornos fabulosos anclada en un entorno abigarrado y heterogéneo de pócimas burbujeantes y coloreadas. Su madre, la hechicera del Reino, remueve un enorme cucharón por el fondo de una olla negra y requemada que desprende un olor a flores marchitas y estanques adornados con nenúfares. Mece suavemente sus caderas mientras

declama una arcaica oración dedicada a los dioses del bosque. Viste galas de ritual iniciático, con un gorro de color púrpura, erecto y puntiagudo. La inocente y dulce princesita, frágil y decidida, tan bonita como sus ganas de querer vivir para siempre en aquel cuento de hadas, espera sentada detrás de su madre. Permanece callada y expectante, ataviada con un vestido tan negro como la caperuza de la muerte y calada con un gorrito de ala ancha e igualmente de color oscuro. Cuando su madre se vuelve hacia ella, la princesa vuelve abrir sus ojos tal y como acostumbra. La mujer sonríe y hace un gesto de paciencia a la niña. Después, con una huesuda mano coronada por largas uñas, vierte el preciado líquido en el interior de un exquisito pastel de nata, mermelada y arándanos. La tarta se estremece durante un breve instante, digiriendo el trago como si de un dulce animalillo se tratase. Dotado de orgánica magia en su interior, se retuerce de placer y después se queda quieto. Sólo entonces, la vaporosa hechicera del Reino se vuelve hacia su hija y le acerca el dulce entre sus dedos con corona de esmalte. La joven muchachita se relame de gusto y le arrebató la chuchería de las manos, propinándole con indudables ganas un delicioso bocado. La mermelada cae como una baba roja por sus labios, coloreándolos del mismo tono arrebatado de pasión. Saca la lengua, también roja como el elixir que ahora fluye a través de su garganta, y se arrebana las mejillas en un gesto infantil.

No obstante, con ese trago se lleva también su inocencia, y en su ingenuo deglutir, la princesa nunca más vuelve a ser frágil ni ligera, nunca más tierna, dulce ni doncella.

Justo entonces se abre la puerta y hace irrupción en la sala un apuesto guerrero con sayo de plata y casco de forja antigua. En su pecho luce una cruz roja con la marca del dragón. Se acerca hasta la joven princesa, que ahora se ha despojado de su gorro y luce el lindo pelo rubio como una esponja de oro descansando sobre sus hombros blancos.

Se acerca y le sonrío.

*Mi dulce niña... sin darte cuenta, te has convertido en mujer...*

**FIN**

Ignacio Cid Hermoso  
[rcd27@hotmail.com](mailto:rcd27@hotmail.com)

**Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis**

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

**Depósito Legal: MA-1071/06**

**Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009**